

Pablo y las virtudes teologales

Pedro Mendoza Magallón, L.C.

Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

En el desarrollo de la vida espiritual las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, desempeñan un papel de primer orden, en cuanto que unen al creyente íntimamente a Dios y, por medio de ellas, la acción divina transforma y ordena todo su ser hacia Él. El *Catecismo de la Iglesia Católica* introduce la explicación de esta triada de virtudes de la siguiente manera:

Las virtudes humanas se arraigan en las virtudes teologales que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (cf. *2Pt* 1,4). Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino.

Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (cf. *1Cor* 13,13)¹.

Pablo habla de estas virtudes. Al inicio de la carta a los Tesalonicenses, el Apóstol los alaba por el modo como ellos han acogido y están cultivando en su vida estas virtudes: «Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre la obra de vuestra fe, el trabajo de vuestra caridad, y la tenacidad de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor» (*1Ts* 1,3)². Hacia el final de esta carta el Apóstol, por medio de un lenguaje metafórico militar, los exhorta a seguir integrándolas en su vida y en su lucha diaria: «revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (*1Ts* 5,8). En la primera carta a los Corintios, destaca entre ellas la excelencia de la caridad: «Ahora permanecen estas tres cosas: la fe,

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1812-1813.

² En este pasaje cabe destacar los sustantivos que califican estas virtudes: la expresión «obra de vuestra fe» resalta el hecho de que la fe para ser auténtica debe traducirse en obras; con la expresión «el trabajo de la caridad» señala un trabajo que causa dolor, porque la caridad implica la donación de sí por el otro; con la expresión «tenacidad de la esperanza» indica que la perseverancia requiere, en ocasiones, la paciencia para esperar contra todo pronóstico.

la esperanza y la caridad, pero la más excelente de ellas es la caridad» (1Cor 13,13).

A lo largo del artículo ofrecemos una visión sintética del modo como Pablo presenta en sus escritos³ estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad.

1. La fe

La fe es una virtud que caracteriza al cristiano; ella distingue y separa radicalmente a «fieles» e infieles («creyentes» y no creyentes). El *Catecismo de la Iglesia Católica* la presenta así:

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe «el hombre se entrega entera y libremente a Dios» (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. «El justo [...] vivirá por la fe» (Rm 1,17). La fe viva «actúa por la caridad» (Ga 5,6)⁴.

a. Algunas notas distintivas de la fe

La fe, en la Primera carta a los Tesalonicenses, aparece, por un lado, en relación indiscutible con la Palabra de Dios; por otro lado, con la predicación de los evangelizadores: gracias a su predicación ha sido posible la acogida y vivencia de la Palabra por parte de quienes han escuchado el mensaje (cf. 1Ts 2,4.13).

Pablo señala a los tesalonicenses que la fe puede encontrar dificultades, provenientes de la acción del tentador: «Por lo cual también yo, no pudiendo soportar ya más, le envié [a Timoteo] para tener noticias de vuestra fe, no fuera que el tentador os hubiera tentado y que nuestro trabajo quedara reducido a nada» (1Ts 3,5). Pablo se refiere a su labor de evangelizador de la comunidad y, más concretamente, a la siembra de la fe en sus corazones, como a un «trabajo». Indica así que la fe implica no solo acoger la Palabra de Dios sino también corresponder con el esfuerzo personal, es decir,

³ Consideramos como «escritos paulinos» las 13 cartas paulinas (7 protopaulinas y 6 deuteropaulinas) más la carta a los Hebreos, sin entrar en la discusión sobre la autenticidad de estos escritos.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1814. A continuación, en el n. 1815, el *Catecismo* señala que el don de la fe «permanece en el que no ha pecado contra ella», luego recuerda que «la fe sin obras está muerta» (St 2,26) y, finalmente, indica que la fe «privada de la esperanza y la caridad no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo». En el n. 1816, el *Catecismo* exige al discípulo de Cristo que «no debe solo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla», ya que el «servicio y el testimonio de la fe son queridos para la salvación».

con las obras. Todo ello es necesario para perseverar sobre todo ante las pruebas y las tentaciones.

En la carta a los Filipenses, el Apóstol recalca el papel que desempeña la fe en la obra fundamental de la justificación. Él ha rechazado todos los privilegios judíos, considerándolos como pérdida, porque ha llegado a la convicción de que solo por la fe se realiza y se obtiene la anhelada justicia delante de Dios: «juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe» (*Flp* 3,8-9).

En las cartas pastorales, Pablo presenta diversas notas distintivas de la fe: la fe consiste en el conocimiento de la verdad (cf. *1Tim* 4,3), en una convicción personal acerca de la revelación de Dios (cf. *Tt* 3,8) y de la salvación alcanzada por Cristo (cf. *1Tim* 1,16; 3,16). Es engendrada por la gracia (cf. *1Tim* 1,14) y alimentada por el estudio asiduo de la Escritura, alcanzando al creyente la vida eterna (cf. *2Tim* 3,15) y uniendo a todos los hijos de Dios en el seno de la iglesia (cf. *Tt* 3,15).

En el capítulo 11 de la carta a los Hebreos el Apóstol ofrece una definición de la fe: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (*Heb* 1,1). Señala, de este modo, que en el acto de fe la inteligencia se abre a acoger y aceptar como verdaderas y válidas realidades que no se ven.

b. Importancia y necesidad de la fe

La fe da a la vida personal y apostólica del cristiano su sentido sobrenatural, su eficacia y su carácter cristiano, aun en sus menores manifestaciones. Así, todo en su vida encuentra una respuesta en la fe: cuando habla y obra, cuando cumple sus distintos deberes, cuando afronta los problemas que se le presentan tanto en el nivel personal como en su apostolado. En la medida en que su fe esté viva, fuerte y bien informada, el cristiano vive unido íntimamente a Dios y realiza su misión de apóstol conduciendo a los hombres a la salvación.

Pablo destaca la importancia de la fe cuando señala en la carta a los Romanos la función fundamental que desempeña al inicio de la vida cristiana, en su relación con la justificación. Para ello se sirve del caso de Abraham, justificado por su fe y no por la ley, la cual no existía en tiempos del patriarca: «En efecto, no por la ley, sino por la justicia de la fe fue hecha a Abraham y su posteridad la promesa de ser heredero del mundo» (*Rm* 4,13). Por tanto, la fe consiste en

un don de Dios otorgado a Abraham y que a su vez lo transforma en justo ante sus ojos. El Apóstol exalta la fe como garante de justicia, elevando la fe incluso por encima de la ley: «Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley» (3,28). Por tanto, la fe es un don de Dios que justifica al creyente y lo hace acreedor de sus promesas.

La fe juega un papel vital en la vida del cristiano y apóstol, pues ella es como el ambiente en que se desarrollan el apostolado y la predicación, en que se administran los sacramentos, en que se desenvuelven las virtudes morales y se realiza el plan divino de salvación (cf. *1Tim* 1,4; 2,7; 3,13; *2Tim* 1,13; 3,10).

De ahí la necesidad de que todo cristiano y apóstol sea un hombre de fe. Esta virtud es necesaria no solo para penetrar en el conocimiento de los misterios divinos, sino también para poder instruir en ellos a los demás, para transmitirles la enseñanza de la fe (cf. *1Tim* 4,6). De manera particular, el ministro y el apóstol ha sido escogido y llamado por Dios para predicar la fe. Por eso Pablo se presenta como apóstol y doctor de los gentiles en la fe y en la verdad (cf. *1Tim* 2,7). El objeto de su mensaje es el evangelio, presentado por él como la única doctrina verdadera y único camino de salvación. Declara expresamente que el fin del apostolado es engendrar la fe en los hombres (cf. *Tt* 1,1). Reconociéndose a sí mismo como padre espiritual de sus discípulos «según la fe común» (cf. *Tt* 1,4; *1Tim* 1,2), Pablo, más que ningún otro, ha experimentado la realidad y la fuerza de este agente de generación espiritual que es la fe: «Os amonesto como a hijos míos queridos. Pues aunque tuvierais muchos pedagogos en Cristo, no tendréis muchos padres; porque por medio del Evangelio yo os engendré en Cristo Jesús. Os lo suplico, pues, sed imitadores míos» (*1Cor* 4,15s).

c. Cualidades de la fe

Una primera característica de la fe es que está *ligada a la predicación y tradición apostólica*. Pablo, recordando el contenido de su misión entre los corintios, afirma: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (*1Cor* 1,23). Más adelante, sostiene que su predicación no se funda en rumores, sino que es una fe que viene del Señor: «Porque yo recibí del Señor lo que les transmití» (11,23, cf. 15,3). Por tanto, vemos que la fe está en relación con la predicación y transmisión, y éstas a su vez tienen como fundamento, en el caso de Pablo, la experiencia con el Señor resucitado que lo ha llamado a la misión de evangelización.

En segundo lugar, la fe es *dinámica y operante* y no es estática. Pablo aprecia la fe de Filemón: «Tengo noticia de tu caridad y de tu fe para con el Señor Jesús» (*Flm* 5). Ve esa fe como la base de su caridad, una fe que se traduce en obras concretas en beneficio de los hermanos. Por ello pide a Filemón que haga efectiva esa fe y ese amor que debe practicar con su esclavo Onésimo, ahora cristiano, acogiéndolo como a un hermano muy querido (cf. *Flm* 16). Según este mismo criterio, exhorta a los corintios a autoexaminarse constantemente sobre su fe, para que sigan actuando conforme a Jesucristo (cf. *2Cor* 13,5).

La tercera cualidad de la fe en un ministro y apóstol es la *rectitud* (cf. *1Tim* 1,5; *2Tim* 1,5). Es decir, una ortodoxia a toda prueba y fuera de toda sospecha. Pablo recuerda a Timoteo la obligación no solo de conservar intacto el depósito de la fe y de la verdad de la salvación, sino también, cuando sea necesario, de censurar a los herejes y preservar a los fieles de todo peligro de contaminación y de error. En efecto, en todos los tiempos un gran número de hombres resisten a la enseñanza revelada (cf. *2Tim* 3,8), se apartan de la fe (cf. *1Tim* 6,21), la pervierten (cf. *2Tim* 2,18), se extravían (cf. *1Tim* 6,10), la abandonan (cf. *1Tim* 4,1), reniegan de ella (cf. *1Tim* 5,8), naufragan (cf. *1Tim* 1,19). Por lo mismo, el ministro de Cristo debe procurar con ahínco preservar de toda alteración la fe de los fieles, dándoles una enseñanza sana (cf. *Tt* 1,13; 2,2).

A quienes han recibido la misión de engendrar a los hombres a la fe e instruirlos, Pablo exige una *fe perfecta*. Por ello pide que los aspirantes al diaconado sean examinados previamente, acerca de la integridad y vigor de su fe (cf. *1Tim* 3,9s). La fe inquebrantable en Cristo Jesús y en su gracia es el secreto de un ministerio abnegado, eficaz y optimista (cf. *1Tim* 3,13).

En quinto lugar, la fe debe estar asociada a una *buena conducta* y a una conciencia intachable. La razón de ello está en que la fe no es una mera adhesión del espíritu sino que exige la intervención de una voluntad recta y supone el clima favorable a las virtudes morales. Los ricos malvados, por ejemplo, los esclavos de la avaricia son incapaces de guardar las convicciones de la fe (cf. *1Tim* 6,10). Además, para perseverar en la fe y en el culto de Dios se necesita tener una conciencia pura, cuidadosa de evitar toda ofensa al creador y de no obrar más que por Él (cf. *2Tim* 1,3). Por ello Pablo exhorta a los diáconos a conservar el misterio de la fe mediante una conciencia pura (cf. *1Tim* 3,9). La buena conciencia no consiste solamente en la voluntad de huir del pecado, sino en la intención de orientar toda su vida hacia Dios. La fe sincera se derrama en buenas obras. Por eso enseña el apóstol que todos los que hacen

profesión de pertenecer a Dios deben ser los primeros en practicar buenas obras (cf. *Tt* 3,1.8; *2Tim* 2,21; 3,17).

Una última cualidad de la fe, que recogemos de Pablo: la fe debe ser viva. Toda la vida de quien ha sido constituido ministro y apóstol se resume y depende de su fe. Una vida personal irreprochable y un ministerio intenso y sobrenatural dependen de una fe viva, de una convicción absoluta y ardiente. Pablo, hablando de sí mismo, señala en la fe el secreto de su ánimo invencible y de su actividad prodigiosa al servicio de Cristo y de los fieles: «Creemos y por esto hablamos» (cf. *2Cor* 4,13), no teniendo en cuenta las cosas visibles sino las invisibles: «Por eso no desfallecemos» (cf. *2Cor* 4,16.18). En la tarde de su vida, en vísperas del martirio, reflexionando sobre su larga carrera, atestigua haber cumplido todos sus deberes de apóstol de Cristo Jesús a quien había entregado su vida por la salvación de los hombres. No ha desfallecido un momento, ha sufrido y combatido victoriosamente, ha perseverado a pesar de todo y contra todo. Su conciencia no le reprocha nada, y resume toda su vida y todo su ministerio con las palabras «he conservado la fe»: «He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe» (*2Tim* 4,7).

d. Vivencia y modelos de fe

El capítulo 11 de la carta a los Hebreos ilustra la vivencia de la fe con un elenco de testigos que la vivieron y que experimentaron el poder de la fe:

Por la fe, ofreció Abel a Dios un sacrificio más excelente que Caín, por ella fue declarado justo, con la aprobación que dio Dios a sus ofrendas; y por ella, aun muerto, habla todavía. [...] Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. [...] Por la fe, Jacob, moribundo, bendijo a cada uno de los hijos de José, y se inclinó apoyado en la cabeza de su bastón. [...] Por la fe, José, moribundo, evocó el éxodo de los hijos de Israel, y dio órdenes respecto de sus huesos. Por la fe, Moisés, recién nacido, fue durante tres meses ocultado por sus padres, pues vieron que el niño era hermoso y no temieron el edicto del rey. [...] Por la fe, salió de Egipto sin temer la ira del rey; se mantuvo firme como si viera al invisible. [...] Y ¿a qué continuar? Pues me faltaría el tiempo si hubiera de hablar sobre Gedeón, Barac, Sansón, Jefte, David, Samuel y los profetas (*Heb* 11,4.17.21.22.23.27.32).

Así, pues, comenzando por Abel, pasando por los patriarcas y los profetas, hasta abarcar a todos los hombres de Dios de la antigua y de la nueva alianza, todos ellos encontraron semejantes te-

soros de fortaleza y heroísmo en la fe en la llegada del Mesías. Esta fe animó a los doce y a Pablo y les permitió convertir al mundo sin dejarse abatir por las persecuciones y dificultades de toda clase.

Convencido del poder de la fe y de la necesidad de vivirla, Pablo ratifica que todo ministro y apóstol está llamado a ser un hombre de fe (cf. *1Tim* 6,11). Su predicación no consiste solamente en proponer la buena doctrina (cf. *1Tim* 4,6), sino que debe también combatir los buenos combates de la fe (cf. *1Tim* 6,12), propagando la fe en el mundo, multiplicando el número de los creyentes, fomentando su vida espiritual que no es más que el desarrollo de la fe, defendiendo las verdades de la fe contra todo error o posibilidad de corrupción, velando que el cuerpo de la doctrina revelada se transmita intacto, con toda fidelidad.

2. La esperanza

Para Pablo la fe no consiste en una mera adhesión a un credo, tampoco es ajena a las obras, lo cual haría de ella una fe muerta. Para él la fe debe ser viva y operante. De ahí su íntima conexión con las otras dos virtudes teologales, la esperanza y la caridad. La confesión de fe «Jesús es el Hijo de Dios» (cf. *Mt* 16,18) debe traducirse en confianza y en entrega del corazón a Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* introduce la virtud de la esperanza definiéndola de esta manera:

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. «Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa» (*Heb* 10,23). El Espíritu Santo «que Él deramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna» (*Tt* 3,6-7)⁵.

El Apóstol coloca la esperanza en relación con la resurrección de los muertos. Por ello afirma: «Hermanos, no queremos que estén en la ignorancia respecto de los muertos, para que no se entristezcan como los demás, que no tienen esperanza» (cf. *1Ts* 4,13). De este modo, señala que el fundamento de la esperanza cristiana reside en la certeza de la futura resurrección, la cual se apoya en el hecho de la muerte y resurrección de Jesús y en nuestra comunión de vida con Él (cf. *1Ts* 4,17). A la misma conclusión llega en la primera carta a los Corintios, en el capítulo 15, donde trata el tema de la res-

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817.

urrección de los muertos. Al inicio de este capítulo (cf. *1Cor* 1,11), Pablo recuerda que la verdad de fe de la resurrección forma parte del kerigma primitivo: si tenemos fe en Cristo resucitado, también tenemos esperanza en la resurrección. Para llegar a esta conclusión el Apóstol recurre a una comparación entre lo que acontece a Adán con relación a la muerte y a Cristo con relación a la resurrección: «Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (*1Cor* 15,22).

a. Necesidad

El cristiano y el apóstol están llamados a ser hombres de fe, y también hombres de esperanza. Para Pablo hay dos motivos principales por los que la virtud de la esperanza es necesaria⁶.

En primer término, la luz de la fe le ayuda a descubrir el verdadero sentido de la vida presente, esencialmente transitoria, preparación y etapa para la adquisición definitiva de la vida eterna. De ahí que la esperanza se convierte en aspiración de alcanzar la bienaventuranza, la vida eterna a la que, por la gracia de Cristo, es heredero (cf. *Tt* 3,7) y le hace vivir en la espera de gozar el retorno de Cristo. Esta esperanza es un motivo constante de regocijo para el Apóstol ya que toda su persona tiende hacia Cristo y está seguro de reunirse con Él y en ese momento recibir del Señor la corona de justicia porque ha amado su venida (cf. *2Tim* 4,8).

El gozo que experimenta el cristiano por medio de la esperanza le llena de fortaleza en las pruebas y dificultades, ayudándole a verlas como ocasión para alcanzar una magnífica recompensa: la corona de justicia. Ante los motivos de aflicción, la esperanza le asegura las fuerzas para superarlas, como testimonia Pablo al concluir su segunda carta a Timoteo en un tono triunfal, no obstante, sabe que su muerte es inminente. Echando un vistazo a su vida, contempla, por una parte, su dedicación en cuerpo y alma a la evangelización del mundo, los sufrimientos padecidos tanto por parte de los falsos hermanos como de los judíos, sus encarcelamientos que concluirán con su condena a muerte. Por otra parte, comparando todas estas pruebas con la gloria de la eternidad y mirándolas con los

⁶ El *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge una serie de motivos por los que la esperanza es necesaria en la vida de todo creyente: por un lado, esta virtud «corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad». Por otro lado, «la esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido en el cumplimiento de las promesas de Dios» (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1818-1819).

ojos de la fe, se regocija contemplando la corona de justicia que Dios le otorgará (cf. *2Tim* 4,6-8).

En segundo lugar, el cristiano y el apóstol deben ser hombres de esperanza porque se apoyan con entera confianza en el socorro divino. El Espíritu Santo, que justifica y purifica del pecado a los cristianos con el fin de hacerlos herederos de la vida eterna (cf. *Tt* 3,7), colma de un modo especial a quien ha sido constituido en ministro y apóstol (cf. *2Tim* 1,6s). Habita en él, lo ilumina, lo asiste y le ayuda poderosamente durante su ministerio (cf. *2Tim* 1,14), dándole la fortaleza que necesita, en proporción a las tareas que debe desempeñar. El ministro y el apóstol se obligan a una vida de abnegación y sacrificio porque tienen la certeza de ese poder y cuenta con su asistencia. «Para esto nos fatigamos y luchamos, pues tenemos puesta la esperanza en el Dios viviente, que es salvador de todos los hombres» (*1Tim* 4,10). Por tanto, el fundamento inmovible de la esperanza es el Dios viviente, es decir, el único verdadero Dios que interviene oportunamente en socorro de los suyos, sobre todo de los que luchan y sufren por servirle, de los que colaboran en su plan de salvación en favor de los hombres.

b. *Vivencia*

Dios ayuda proporcionalmente a lo que ordena. Cuando llama a su seguimiento y cuando confía tal o cual ministerio, también distribuye sus socorros en proporción a esas tareas y responsabilidades. La esperanza da al creyente la certeza de que es así. Por eso, solo en Dios hay que depositar la confianza. Pablo intima a Timoteo a que exija esto: «A los ricos de este mundo recomiéndales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas sino en Dios, que nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos» (*1Tim* 6,17).

c. *Ejemplos de Pablo*

El Apóstol no cesa de proclamar su confianza en Dios y de señalar la fuerza que de Él recibe. Tiene absoluta confianza en su ayuda. «Sé en quién he creído y estoy firmemente persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día» (*2Tim* 1,12). Con la forma del verbo en perfecto («he creído») quiere resaltar que esta certeza es inmovible: continuo fiándome. Nada logrará disminuir su esperanza porque ha puesto su confianza en Dios para siempre. Es verdad que a Pablo no le han faltado tribulaciones, más bien, ellas han sido la ley de su ministerio: «todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones» (*2Tim* 3,12). El Apóstol, lejos de escandalizarse por estos

sufrimientos o de temer su llegada, sabe que son señales de autenticidad de los servidores de Cristo y, por consiguiente, motivos de confianza. Nadie ha sido coronado sin haber combatido conforme a la ley (cf. *2Tim 2,5*), y la experiencia enseña que Dios no deja que los suyos perezcan: «¡qué persecuciones fueron las que sufrí! Y de todas me libró el Señor» (*2Tim 3,11b*). Sabe, por otro lado, que «si sufrimos, también con Él reinaremos» (*2Tim 2,12a*). El motivo más inmediato y, por lo mismo, más eficaz de la esperanza paulina es el Verbo encarnado: «Cristo Jesús, esperanza nuestra» (*1Tim 1,1*), quien es vencedor de la muerte, del pecado y del demonio.

3. La caridad

Secundando la acción de la gracia, el cristiano se adhiere por la fe a Cristo, deposita en Él su esperanza y le ama con todo su corazón. Para alcanzar la salvación es preciso que la fe conduzca a la firme adhesión al evangelio, y que la caridad desemboque en un amor al prójimo caracterizado por la dulzura, la benevolencia, la buena acogida y la paciencia, sin acepción de personas (cf. *1Cor 13*). Por eso Pablo les recuerda a las mujeres que encontrarán su salvación, si perseveran en la fe (cf. *1Tim 2,15*); invita a Tito a exhortar a los ancianos a ser íntegros en la fe, la paciencia y la caridad (cf. *Tt 2,2*).

Refiriéndose a la virtud de la caridad, el Catecismo de la Iglesia católica ofrece esta definición: «La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios»⁷.

a. Notas distintivas de la caridad

En sus cartas Pablo perfila la caridad con diversas notas. Para el Apóstol de los gentiles la caridad, al igual que la fe y la esperanza, es también un *don de Dios* (cf. *2Tim 1,7*) y, en cuanto tal, gratuito, inmerecido. Ella representa una de las expresiones más valiosas de la liberalidad de la salvación. Desde el momento de su conversión la gracia de Jesucristo sobreabunda en el creyente con la fe y la caridad (cf. *1Tim 1,14*).

⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1822. A continuación, en los nn. 1823-1829, el *Catecismo* señala otras notas sobre la caridad: ella es el «mandamiento nuevo (cf. *Jn 13,34*)» de Cristo (cf. n. 1823), ella es «fruto del Espíritu y plenitud de la ley» (n. 1824), debe abarcar a todos sin distinción (cf. n. 1825), señala la excelencia de esta virtud (cf. n. 1826), indica que el «ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad» (n. 1827), recuerda que «la práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios» (n. 1828) y, finalmente, indica algunos frutos (gozo, paz, misericordia) y exigencias de la práctica de esta virtud (cf. n. 1829).

La virtud de la caridad tiene su *origen en Dios* y, más específicamente, en su mayor acto de caridad que fue enviar a su Hijo para dar la vida por los pecadores:

el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; —en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir—; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros (*Rm 5,5b-8*).

A los tesalonicenses el Apóstol reafirma el *origen divino* de la caridad, presentando a Dios como maestro que les ha instruido sobre ella: «En cuanto a la caridad mutua, no necesitan que les escriba, ya que ustedes han sido instruidos por Dios para amarse mutuamente» (*1Ts 4,9*).

En el contexto de una controversia sobre la carne sacrificada a los ídolos, Pablo hace ver a los corintios que el conocimiento o ciencia de las cosas no da un pleno conocimiento sobre ellas, al contrario tal conocimiento puede llenar de orgullo. Pero el conocimiento acompañado de la caridad sí es un *conocimiento perfecto*, porque «cuando uno ama a Dios, ése es conocido por Él» (*1Cor 8,3*). Con la contraposición del mero conocimiento de las cosas y el conocimiento que viene de la caridad resuelve la disputa con relación a la carne sacrificada a los ídolos. Quien se deja guiar por el conocimiento acompañado del amor es libre para actuar sin dejarse condicionar por los rituales, pero también para no inducir, con su comportamiento, al error a quien todavía es débil en su fe (cf. *8,7-13*).

La *caridad fraterna* dentro de la comunidad debe ser *reflejo* de la caridad que Dios ha mostrado al género humano. Pablo coloca la caridad por encima de la ley, dando con esto plena libertad en los actos de caridad. El Apóstol da una definición que enaltece la caridad: «La caridad es [...] la ley en su plenitud» (*Rm 13,10*). En otra de sus cartas, Pablo, en una especie de oración, señala las diversas *direcciones y relaciones* recíprocas donde debe expresarse la *caridad fraterna*: «En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en la caridad de unos con otros, y para con todos, tal como nosotros para con vosotros» (*1Ts 3,12*).

b. Necesidad

Resulta digno de anotación el modo en que, en las cartas pastorales, Pablo presenta la virtud de la caridad como una virtud propia del ministro y del apóstol. Esta peculiaridad no significa que ellos

sean los únicos que la vivan, ni tampoco que la posean necesariamente en un grado más elevado que los demás. El Apóstol señala, más bien, que en su origen todo apostolado auténtico brota del amor del prójimo. No puede ser diversamente, pues un ministro y un apóstol sin caridad fraterna sería una contradicción. Toda su vida y sus diferentes tareas son una entrega de sí mismo para procurar el bien del prójimo. Efectivamente, en el caso del ministro consagrado la gracia de la ordenación le ha conferido «un espíritu de caridad» (2Tim 1,7) que le permite consagrarse con amor al servicio de los demás. Solo animado por la caridad la entrega al prójimo alcanza su perfección y delicadeza.

Es la caridad la que impulsa al ministro y al apóstol a estar siempre dispuestos a suscitar esta misma virtud en los demás. Y esto, en cuanto que son conscientes de que más allá de las expresiones concretas de su ministerio y del fin inmediato perseguido, el resultado de su palabra o de su acción debe ser un aumento de amor fraterno entre los cristianos. Así lo define expresamente Pablo: «El fin de este mandato es la caridad» (1Tim 1,5a). Por tanto, el fin de todo ministerio pastoral es la expresión y el fervor del amor de los cristianos entre sí.

Cuando el Apóstol determina que el fin de todo ministerio y apostolado es la caridad fraterna, no formula una idea secundaria o dictada por las circunstancias. Para él la vida de un ministro y apóstol no se concibe fuera de la caridad. Por eso exige a Timoteo, repetida e imperiosamente, que practique esta virtud real: Mas tú, oh hombre de Dios, camina tras la caridad (cf. 1Tim 6,11; 2Tim 2,22).

c. La vivencia de la caridad

Para Pablo, la caridad encuentra una fuente inagotable en el acto redentor de Cristo: «Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2Cor 5,14-15). Entre más se entienda y experimente el amor redentor de Cristo, más sinceros y abundantes serán los actos de caridad en la vida del creyente.

Pablo es ejemplo de vivencia de la caridad. Su amor a los hombres ha dado impulso a toda su vida apostólica. Timoteo, que ha vivido a su lado, ha sido testigo del fervor de su caridad generosa: «Tú, en cambio, me has seguido asiduamente en mis enseñanzas, [...] caridad» (2Tim 3,10). Por lo mismo le será fácil inspirarse en su ejemplo, del cual guarda en la memoria pruebas concretas y palpantes, que le moverán a entregarse a su oficio de predicador

con una caridad infatigable: «Ten por norma las palabras sanas que oíste de mí en la fe y en la caridad de Cristo Jesús» (2Tim 1,13).

De igual modo que Pablo, el ministro y el apóstol, llamados a encarnar en su vida la doctrina de Cristo, deben predicar la enseñanza revelada y demostrar con su persona la caridad de Dios. A ellos compete la misión de extender la luz de la fe y el fuego del amor. Y por lo mismo, secundando la exhortación del apóstol, deben ser modelo de perfección: «Procura, en cambio, ser para los creyentes modelo en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza» (1Tim 4,12). Sus palabras, su conducta, su actitud general, deben reflejar las de Cristo, haciendo suyos sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,5), buscando extender sobre la tierra el incendio del amor divino. Finalmente, el ministro y el apóstol, en cuanto otros Cristo, son sus representantes y enviados especiales sobre la tierra. Su máxima ambición no puede ser otra que la de manifestar este amor divino a los hombres y luchar para que cada uno de ellos lo amen.

4. Conclusión

A modo de conclusión del artículo, anotamos las palabras del Papa Benedicto XVI en una de sus catequesis del «año paulino», donde nos recuerda algunas de las enseñanzas por parte del Apóstol sobre estas virtudes:

En síntesis, podemos decir con san Pablo que el verdadero creyente obtiene la salvación profesando con su boca que Jesús es el *Señor* y creyendo con el corazón que *Dios lo resucitó de entre los muertos* (cf. Rm 10,9). Es importante ante todo el corazón que cree en Cristo y que por la fe «toca» al Resucitado; pero no basta llevar en el corazón la fe; debemos confesarla y testimoniarla con la boca, con nuestra vida, haciendo así presente la verdad de la cruz y de la resurrección en nuestra historia.

De esta forma el cristiano se inserta en el proceso gracias al cual el primer Adán, terrestre y sujeto a la corrupción y a la muerte, se va transformando en el último Adán, celestial e incorruptible (cf. 1Cor 15,20-22.42-49). Este proceso se inició con la resurrección de Cristo, en la que, por tanto, se funda la esperanza de que también nosotros podremos entrar un día con Cristo en nuestra verdadera patria que está en el cielo. Sostenidos por esta esperanza proseguiremos con valor y con alegría⁸.

⁸ BENEDICTO XVI, «San Pablo, modelo de cómo hacer teología» (Catequesis del Santo Padre en la audiencia general del miércoles 5 de noviembre de 2008), *L'Ossevatore Romano, Edición semanal en lengua española*, XL/45 (2008), 688.